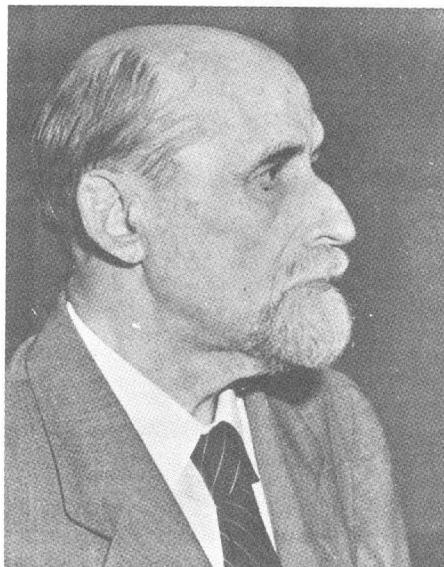


En 1923 Juan Ramón Jiménez, *El Andalúz Universal* o *El Cansado* de su Nombre como él mismo gustaba denominarse, escribió su *Autorretrato*, texto luego integrado en *Obra en marcha* (1928) con el que nuevamente avivó la llama de la polémica y la ya difícil convivencia con los hombres de su tiempo. La imagen de un Juan Ramón casi misántropo, celoso del éxito ajeno y airado es harto repetida, tópica y no poco injusta. Aunque sus sarcasmos, desplantes, su tendencia al aislamiento y desprecio de ciertos ritos de la sociedad literaria ("Nunca asisto "aquí" —alguna vez lo hice quedé asqueado para siempre— a conferencias ni comidas y, en general, a ningún acto colectivo") fuesen realmente ciertos, es evidente que se ha exagerado la nota, presentándonos en ocasiones un Juan Ramón que es la contrafigura de ciertos personajes ejemplares del 27, un hombre difícil y un esteta egotista. Francisco Garfias y Graziela Palau de Nemes, los máximos biógrafos del poeta de Moguer, han defendido la otra imagen del autor: la ternura, la capacidad de comprensión y acercamiento a los niños y su hospitalidad generosa.



Juan Ramón Jiménez y la sociedad literaria de su tiempo

dolina más personal, más individual" afirmará.

La aportación de Juan Ramón Jiménez en la gestación de revistas literarias como *Si*, *Índice* o *Ley*, desde donde se promovían nombres nuevos, fue esencial. Cuando en 1903 apareció *Helios*, en la que él participaba activamente, se dirigió a Rubén Darío solicitando su apoyo y colaboraciones: "Querido maestro: Cinco amigos míos, y yo vamos a hacer una revista literaria seria y fina: algo como el *Mercurio de France*; un tomo mensual de 150 páginas muy bien editado. Nosotros mismos costeamos la revista; así puedo decir a Vd. que vivirá mucho tiempo; es cosa madura y muy bien calculada. Nada de lucro. Vamos a hacer una revista que sea alimento espiritual; revista de ensueño; trabajaremos por el gran placer de trabajar. En fin, basta esta afirmación, es una cosa seria". Y pasaba a solicitar de él algunas de sus composiciones.

Darío que trabajaba, además de por el placer de trabajar, a cambio de alguna compensación económica, respondió en un primer momento, con una negativa a no ser que fuesen abonadas sus colaboraciones. Más tarde cedería gratuitamente sus trabajos a la revista que ciertamente se veía prestigiada con su firma.

La amistad un poco reverencial de Juan Ramón con el padre del nuevo estilo modernista duró hasta la muerte de éste, ocurrida en febrero de 1916. En ese momento escribía Juan Ramón, desde hacía un mes, su "*Diario de un poeta recién casado*" en alta mar, en el barco que le conducía a Nueva York: "Sí. Se le ha entrado / a América en el pecho / su propio corazón", escribió a modo de elegía.

No tan admirativa pero sí en un tiempo sincera fue su amistad con Villcaespesa, uno de los primeros poetas

que conocería en Madrid. Pero con el tiempo el aprecio que sintiera hacia él decreció o, al menos, su rigor crítico no admitía contemplaciones de ningún género. Así, pues, hablará de "villcaespesismo general" como sinónimo de poesía menor. Algo semejante a lo que ocurrió entre Rubén y Salvador Rueda.

Especialmente significativo en su vida y en su obra será el paso por La Institución Libre de Enseñanza, a partir de 1903. Allí tratará y, en algunos casos, conocerá, a personajes de relieve intelectual pero "la figura fundamental en este momento para él, será, indudablemente, la de Francisco Giner de los Ríos: "Bueno, sin duda, mejor que bondadoso; buenísimo; pero por gusto, por embriaguez verdadera, por arranque de enamorado, por dolor y por remordimientos totales".

A partir de su paso por la Institución (en la Residencia de Estudiantes entre 1912 y 1916 escribirá *La colina de los chopos*) empieza a despertarse en él un interés por determinadas corrientes filosóficas. Su poesía se vuelve conceptualmente más honda, aunque sus motivos esenciales sean los mismos a lo largo de toda su extensa producción en verso y en prosa.

Los especialistas en la vida y obra de J.R. Jiménez coinciden al afirmar que Juan Guerrero Ruiz fue su amigo más entrañable a la par que su continuo "contacto español" durante todo su exilio. Exilio que empezó el 22 de Agosto de 1936 y le llevó a La Habana, Florida, Washington y Puerto Rico.

Con Ramón Gómez de la Serna la amistad no fue tan duradera: "No se puede visitar a aquel que todos los días está como en el día de su santo", dirá Gómez de la Serna con una frase en la que no pudo evitar, una vez más, la greguería.

Vemos, pues, que a pocos les cupo el privilegio de conservar largo tiempo su benevolencia como le ocurrió a Pemán, quien además fue capaz de romper el largo encierro a que se había sometido el poeta después de la muerte de Zenobia, ocurrida tres días después de que Juan Ramón Jiménez recibiera el Premio Nobel de Literatura en Octubre de 1956.

En cuanto al enojo de Juan Ramón quienes más lo provocaron fueron indudablemente los hombres del 27. Fue famosa una disputa suya con Jorge Guillén. No miraba con especial simpatía a Bergamín y su grupo y hasta casi al final de sus días habló de los "sicarios de Bergamín", a quienes acusaba, por cierto, del expolio de sus manuscritos.

Entre los poetas hispanoamericanos fue a Neruda a quien jamás estimó como notable creador. En correspondencia el autor de *Residencia en la tierra* dio una visión mezquina de Juan Ramón en sus memorias.

A Lorca y a Alberti los alabó encarecidamente en sus primeros libros, pero nunca fue excesivamente afecto al neopopularismo, "el gitanismo" y "el marinero" como él los llamaba.

Le irritaba la ingenuidad de los temas, el evidente prosaísmo de algunos y las piruetas huecas del creacionismo y del surrealismo. De la poesía al uso en la década de los veinte, dirá: "Ahora de

Aunque la suya es una poesía personal no cabe desligarla de una serie de hitos literarios ni de ciertas figuras claves.

Su gran maestro, su admiración máxima, siempre fue Rubén Darío a quien conoció personalmente junto a Azorín, Benavente, Rueda y Valle Inclán en su primera visita a Madrid en 1898 y después de una intensa relación epistolar. Darío es precisamente quien le sugiere el título de uno de sus primeros libros, *Nintetas*, publicado en 1900. Entonces estaba Juan Ramón a caballo entre un romanticismo tardío y un modernismo que no acababa de depurar aunque nunca en exceso ampuloso y falso.

El modernismo de Juan Ramón que se sustenta también, además de en Darío y Silva, en los simbolistas franceses y los prerrafaelistas ingleses duró hasta 1916, el año en que se casó con Zenobia Camprubí Ayma y viajó a Nueva York. Y también justamente el año en que muere Rubén.

Si Juan Ramón considera a Rubén como poeta máximo, también el autor de *Prosas profanas* lo estima a él suficientemente: "Desde Bécquer no se ha escuchado en este ambiente de la península un son de arpa, un eco de man-

pronto, desgraciadamente, y como si esto no hubiera sido nada, parte de una juventud asobrinadita casi toda ella, y desganada, tonta, pobre de espíritu, vacía, inculta en general, pretende limitarla en nombre de lo popularista o lo engañoso, a la arenilla fácil, al azulillo bajo el aro y el globo infantil".

Había no cabe duda excesiva dureza a la hora de enjuiciar a toda esa pléyade de poetas que después de todo no hacían sino empezar a madurar. Se declaraba, pues, contrario al "olé y el ay del arbolé" o sea a la primera época de Lorca y Alberti, pero estuvo especialmente atento a figuras como Cernuda, Salinas o Aleixandre: "La bondad lírica auténtica, vive de piedra, poeta vegetal. Vicente Aleixandre, espejo sobre naturaleza verdeoro, bajo ámbito azul". Y no hablemos de su absoluto respeto hacia Antonio Machado.

Otro nombre propio fácilmente vinculable a Juan Ramón Jiménez es, desde luego, el de Rabindranath Tagore. A Tagore fue el poeta junto a Zenobia, su mujer, quien primero lo tradujo al español y precisamente a través de versiones inglesas y no, obviamente, del original hindú lengua que desconocían ambos.

La introducción y difusión de este autor a partir de los 20 se debe a Juan Ramón quien en verdad recreaba los textos que Zenobia traducía. Fue en realidad una auténtica interacción poética la que se entabló entre Tagore-J.R. Jiménez. Es opinión unánime aceptada que así como las versiones españolas de Tagore tienen mucho del estilo Juanrramoniano, el autor de *Sonetos Espirituales* sintió también sobre sí mismo parte del espíritu de Tagore. Al menos los dos compartían un anhelo similar de Armonía y sentían la cercanía de una Belleza que los desbordaba: "Leo menos cada día porque cada día entiendo menos lo que no sea mío. Y porque estoy siempre sin tiempo, chorreando belleza propia. Por cada página que depuro, creo veinte cada día que no podré "depurar".

Si la belleza era su norte más claro, depurar era su obsesión. Tachar. Corregir. Depurar siempre como camino único hacia la Belleza, su Religión y su forma personal de Ascesis. Escribir era la razón más importante de su vida —eso no lo entendieron todos—. Y no sólo escribió una obra ingente, sino que además cuando le sorprendió la muerte en 1958 le quedaban aún muchos proyectos por realizar, entre ellos *Monumento de amor*, que iba a ser el gran elogio a Zenobia, la compañera fidelísima de su vida con la que contrajo matrimonio el 2 de Marzo de 1916 en la Iglesia Católica de St. Stephen de Nueva York. Ese año se inicia lo que los críticos denominan la segunda época de Juan Ramón Jiménez que va desde el *Diario del poeta recién casado* hasta la *Tercera Antología Poética* publicada en 1957. En ese tiempo, con la eternidad, la muerte, la mujer y la Belleza —con unos temas intemporales y trascendentes— construiría Juan Ramón Jiménez sus poemas más logrados y hermosos.

Dolores Campos-Herrero

El Museo Canario

XXXVIII-XL: 1977-1979



LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

LA REVISTA «EL MUSEO CANARIO»

La revista "El Museo Canario", que edita esta sociedad científica, se viene publicando desde hace ya más de cien años. A finales del año 1879 la junta directiva del Museo decidió la publicación de una revista que tendría carácter quincenal, cuyo primer número apareció el 7 de marzo de 1880. A lo largo de su dilatada trayectoria, esta revista ha conocido distintas fases y vicisitudes, conociendo diferentes épocas alternadas por periodos de receso. En este periodo de cien años la revista del Museo ha sido el órgano de expresión de esta entidad y de sus actividades y en este sentido es un valioso testimonio de su vida científica. En sus páginas han colaborado desde sus fundadores hasta un número considerable de investigadores y escritores de dentro y fuera del Archipiélago.

Acaba de aparecer el más reciente número de esta publicación, que integra un amplio volumen de más de cuatrocientas páginas. El sumario se extiende a un variado orden de temas, desde Arqueología hasta la Zoología, relacionados con las Islas Canarias.

En Antropología física se ofrece un trabajo de Manuel García Sánchez sobre los restos humanos procedentes del túmulo de El Lomo de los Caserones (Aldea de San Nicolás, Gran Canaria). En el capítulo de Arqueología se publican informes de diferentes excavaciones por parte de Celso Martín de Guzmán, María de la Cruz Jiménez Gómez, María del Carmen del Arco Aguilar, Mauro Hernández Pérez, Juan Francisco Navarro Mederos y Demetrio Castro Alfín, así como artículos de M^a Cruz Jiménez sobre la prehistoria de Gran Ca-

naría y Rosa Schlueter Caballero sobre la necrópolis de Arteara. Asimismo, hay un pequeño inventario, realizado por Michael F. Stephen sobre la colección de fragmentos cerámicos y piedras talladas del Archipiélago reunida por Zeuner y conservada en el Horniman Museum de Londres.

En la sección de Historia se publican trabajos de Francisco Caballero Mujica ("Antecedentes históricos del Seminario Conciliar de Canarias"), Guillermo Camacho Pérez Galdós ("Don Miguel Camacho de Acosta, canónigo de la Catedral de Canarias"), don Santiago Cazorla ("Una carta desconocida de los Reyes Católicos"), Pedro Cullen del Castillo ("La torre de Gando"), Al-

fredo Herrera Piqué y Pilar Alonso ("Las Islas Canarias en dos colecciones de historia inglesas del siglo XVIII") y Manuel Lobo Cabrera ("Intento de explotaciones mineras en Canarias en el siglo XVI").

En el apartado de Ciencias de la Naturaleza hay artículos de Manuel Ortega Linares y María José Vilas Montero sobre la "Importancia de nuestro contexto petrográfico" y Marcos Báez Fumero sobre los "Dipíteros de Canarias".

Sobre la Historia del Arte hay una breve referencia de Matías Díaz Padrón en torno a una Inmaculada del pintor Juan de Miranda en la catedral de La Habana.

Se recoge, además, un trabajo de Carmen Burgos sobre las monedas romanas existentes en la colección Lifchuz del Museo Canario. Y, finalmente, en la sección de Documentos se continúa la publicación del catálogo y extractos de la Inquisición de Canarias, por Aurina Rodríguez Galindo.

En un fructífero centenario de existencia la revista "El Museo Canario" aporta un rico caudal de estudios y documentos sobre el Archipiélago Canario. Por diversas circunstancias, en los últimos tiempos la publicación ha ido espaciando en exceso su aparición, refundiendo en cada volumen varios números. Junto a la afirmación de su línea científica, ahora se pretende recobrar una periodicidad semestral o, cuando menos, anual, con el objetivo de que sus contenidos tengan una más frecuente presencia y de que el propio Museo dé un más intenso testimonio de su actividad científica.

